

K. Dick

LABERINTO DE MUERTE



Catorce colonos llegan al deshabitado planeta Delmak-O para llevar a cabo una misión que desconocen. No tienen nada en común y lo único que saben es que es imposible salir del planeta. No tardarán en descubrir que su nuevo hogar es mucho más extraño y peligroso de lo que habían imaginado, y que un poder oculto podría estar detrás de los extraños accidentes que han empezado a suceder y que, uno a uno, están acabando con sus vidas *Laberinto de muerte* es una de las novelas más accesibles y desconocidas de Philip K. Dick, un juego de cajas chinas donde nada es lo que parece.

A mis dos hijas, Laura e Isa

Prólogo del autor

El marco teológico de esta novela no coincide con el de ninguna religión conocida. Se basa en el intento que realizamos William Sarill y yo de desarrollar un sistema abstracto y lógico de pensamiento religioso, a partir del postulado arbitrario de que Dios existe. Por otra parte, el difunto obispo James A. Pike, en conversaciones que entabló conmigo, me señaló gran cantidad de material teológico que yo antes desconocía.

Las experiencias post mórtem del personaje Maggie Walsh se basan, en todos sus detalles, en una experiencia mía con LSD.

El enfoque de esta novela es subjetivo, es decir, en todo momento la realidad se ve indirectamente, a través de la mente de un personaje. El punto de vista varía de un capítulo al otro, aunque la mayoría de los hechos se ven a través de la psique de Seth Morley.

El material concerniente a Wotan y el ocaso de los dioses se inspira menos en los mitos originales que en *El anillo de los nibelungos* de Richard Wagner.

Las respuestas a las preguntas planteadas al tench derivan del *I Ching*, el «Libro de los Cambios» chino.

Tekel upharsin es una expresión aramea que significa «Él ha sopesado y ahora ellos dividen». El arameo era la lengua que hablaba Cristo. Tendría que haber más como él.

1

Su trabajo lo aburría como siempre, así que la semana anterior había ido hasta el transmisor de la nave y había añadido conductos a los electrodos permanentes que salían de su glándula pineal. Los conductos habían llevado su plegaria al transmisor, y desde allí la plegaria había pasado a la red repetidora más próxima; su plegaria había rebotado por la galaxia hasta llegar —eso esperaba él— a uno de los mundos deíficos.

Era una plegaria sencilla: «Este maldito trabajo de control de inventario me aburre. Es pura rutina. Esta nave es demasiado grande y para colmo tiene exceso de personal. Estoy en un inservible módulo de reserva. ¿Puedes ayudarme a encontrar algo más creativo y estimulante?» Había dirigido la plegaria al Intercesor. Si hubiera fallado, habría enviado la plegaria de nuevo, esta vez al Mentufactor.

Pero no había fallado.

—Señor Tallchief —dijo el supervisor, entrando en el cubículo de Ben—. Lo van a trasladar. ¿Qué le parece?

—Transmitiré una plegaria de agradecimiento —dijo Ben, con una sensación agradable. Uno siempre se sentía bien cuando sus plegarias eran respondidas—. ¿Cuándo me trasladan? ¿Pronto? —Nunca había ocultado su insatisfacción al supervisor, y ahora tenía menos motivos para hacerlo.

—Siempre rezando —dijo el supervisor—. Ben Tallchief, la mantis religiosa.

—¿Usted no reza? —preguntó Ben, asombrado.

—Sólo cuando no hay alternativa. Creo que la gente debe resolver sus problemas sin ayuda externa. De todos modos, la orden de traslado es válida. —El supervisor arrojó un documento en el escritorio de Ben—. Una pequeña colonia en un planeta llamado Delmak-O. No sé nada sobre él, pero supongo que se enterará de todo cuando llegue. —Miró a Ben pensativamente—. Usted tiene derecho a usar uno de los narizones de la nave. Por un pago de tres dólares de plata.

—Hecho —dijo Ben, y se levantó, aferrando el documento.

Subió por el ascensor expreso hasta el transmisor, que estaba ocupado con mensajes oficiales.

—¿Habrá períodos de inactividad más tarde? —preguntó al jefe de operadores de radio— Tengo otra plegaria, pero no quiero recargar el equipo si vas a necesitarlo.

—Estaré ocupado todo el día —dijo el jefe de operadores—. Oye, amigo, la semana pasada enviamos una plegaria tuya. ¿No es suficiente?

Al menos lo intenté, pensó Ben Tallchief mientras abandonaba la sala, con los atareados operadores, y regresaba a la habitación. Si alguna vez se saca el tema, pensó, podré decir que hice todo lo posible. Pero, como de costumbre, los canales estaban ocupados por comunicaciones no personales.

Sentía una creciente ansiedad. ¡Al fin un trabajo creativo, y justo cuanto más lo necesitaba! Unas semanas más aquí, se dijo, y habría empezado a embriagarme como en los lamentables viejos tiempos. Por eso me concedieron el traslado, comprendió. Sabían que estaba a punto de derribarme. Habría terminado en el calabozo de la nave, junto con... ¿Cuántos había en el calabozo? Bien, no tenía mayor importancia. Unos diez. No eran tantos, tratándose de una nave de ese tamaño. Y con reglas tan restrictivas.

Sacó un botellín de whisky Peter Dawson del cajón de la cómoda, rompió el sello, desenroscó la tapa. Una pequeña libación, se dijo, sirviéndose scotch en un vaso de papel. Y una celebración. Los dioses aprecian la ceremonia. Bebió el whisky, volvió a llenar el vaso.

Para enaltecer la ceremonia, buscó —a regañadientes— su ejemplar del Libro: «Cómo me levanté de entre los muertos en mi tiempo libre y también usted puede hacerlo» de A. J. Specktowsky; era un ejemplar barato, en rústica, pero el único que él había tenido, así que le tenía un apego sentimental. Abriéndolo al azar (un método muy aprobado) releyó algunos conocidos párrafos de la *apología pro sua vita* del gran teólogo comunista del siglo XXI.

«Dios no es sobrenatural. Su existencia fue la primera modalidad del ser que se autoconstituyó, y la más natural».

Es verdad, se dijo Ben Tallchief. Como las investigaciones teológicas posteriores habían demostrado, Specktowsky había sido un profeta además de un lógico; todas sus predicciones se habían cumplido tarde o temprano. Aún quedaba mucho por saber, desde luego... por ejemplo, la causa de la existencia del Mentufactor (a menos que uno se conformara con creer, con Specktowsky, que los seres de ese orden se creaban a sí mismos y existían fuera del tiempo, y, por tanto, fuera de la causalidad). Pero en general todo estaba allí, en esas páginas reeditadas tantas veces.

«Con cada círculo más amplio, el poder, el bien y el conocimiento poseídos por Dios se debilitaron, de modo que en la periferia del círculo más grande su bien era débil, su conocimiento era débil, demasiado débil para observar al Destructor de Formas, que cobró existencia por medio de los actos con los que Dios creaba formas. El origen del Destructor de Formas no está claro; por ejemplo, no sabemos con certeza si: 1) era una entidad aparte de Dios desde el principio, no creada por Dios pero también autocreada, como Dios, o 2) si el Destructor de Formas es un aspecto de Dios, no habiendo nada que...»

Dejó de leer, bebió whisky y se frotó la frente con fatiga. Tenía cuarenta y dos años y había leído El Libro muchas veces. Su vida, aunque larga, no había sido muy fructífera hasta ahora. Había tenido varios trabajos, en los que había prestado un mínimo de servicios a sus empleadores, pero sin destacar nunca. Tal vez pueda empezar a sobresalir, se dijo. En esta nueva tarea. Tal vez sea mi gran oportunidad.

Cuarenta y dos. Su edad lo había asombrado durante años, y cada vez que sentía ese asombro, preguntándose qué se había hecho del joven delgado de veinte años, pasaba un año entero y tenía que añadirlo, una suma en crecimiento constante que él no podía conciliar con la imagen que tenía de sí mismo. Aún se consideraba joven, y cuando se veía en fotografías se deprimía. Ahora se rasuraba con una afeitadora eléctrica, pues no deseaba mirarse en el espejo del lavabo. Alguien se llevó mi presencia física y la reemplazó por esto, pensaba en ocasiones. Bien, así eran las cosas. Suspiró.

Entre sus lamentables trabajos sólo había disfrutado de uno, y aún lo evocaba de cuando en cuando. En 2105 había manejado el sistema de música funcional de una enorme nave colonizadora que se dirigía a uno de los mundos de Deneb. En la bóveda de cintas había encontrado todas las sinfonías de Beethoven mezcladas al azar con versiones para cuerdas de *Carmen*, y había pasado la *Quinta*, su favorita, mil veces por el complejo de altavoces, que llegaba a cada cubículo y zona laboral de la nave. Curiosamente, nadie se había quejado, y él había insistido, hasta que su predilecta pasó a ser la *Séptima*, y al fin, en un arrebatado de entusiasmo, durante los últimos meses de la travesía, la *Novena*, qué aún era su preferida.

Quizá lo que necesito es sueño, se dijo. Una especie de vida crepuscular donde sólo oiga como trasfondo la música de Beethoven. Todo el resto sería un borrón.

¡No —decidió—, quiero *existir!* Quiero actuar y lograr algo. Y cada año es más necesario. Y cada año las probabi-

lidades se reducen. Lo que tiene el Mentufactor, reflexionó, es que puede renovarlo todo. Puede interrumpir el proceso de decadencia, reemplazando el objeto decadente por uno nuevo cuya forma sea perfecta. Y después ese objeto decae. El Destructor de Formas se apodera de él, y pronto el Mentufactor lo reemplaza. Como una sucesión de viejas abejas que gastaran las alas, murieran y fueran reemplazadas por abejas nuevas. Pero yo no puedo hacer eso. Yo decaigo y el Destructor de Formas me tiene en sus manos. Y esto sólo puede empeorar.

Dios, pensó, ayúdame.

Pero no me reemplaces. Eso estaría bien desde una perspectiva cosmológica, pero dejar de existir no es lo que busco; quizá lo hayas comprendido cuando respondiste a mi plegaria.

El whisky le había dado sueño; notó consternado que estaba cabeceando. Era necesario estar totalmente alerta. Se levantó de un brinco y caminó hasta el fonógrafo portátil, escogió un visdisco al azar y lo puso en el giradiscos. La otra pared de la habitación se iluminó y formas brillantes se entremezclaron en un hervor de movimiento y vida, pero con una chatura antinatural. Ajustó por reflejo el circuito de profundidad; las figuras se volvieron tridimensionales. También subió el volumen de sonido.

«...Legolas tiene razón. No podemos dispararle así a un anciano, por sorpresa y solapadamente, al margen de nuestras dudas o temores. ¡Mirad y esperad!»

Las conmovedoras palabras de esa vieja pieza épica le devolvieron la perspectiva; regresó al escritorio, volvió a sentarse y sacó el documento que le había dado el supervisor. Frunciendo el ceño, estudió la información codificada, tratando de descifrarla. En números, perforaciones y letras, describía su nueva vida, su próximo mundo.

«Hablas como alguien que conoce bien a Fangorn. ¿Es así?»

El visdisco seguía girando, pero él ya no escuchaba; había empezado a entender la esencia del mensaje codificado.

«¿Qué tienes que decir que no hayas dicho en nuestra última reunión?», preguntó una voz aguda y potente. Ben levantó la vista y se encontró frente a la figura de Gandalf, vestida de gris. Era como si Gandalf le hablara a él, a Ben Tallchief. Pidiéndole cuentas. «Quizá quieras retractarte», dijo Gandalf.

Ben se levantó, fue hasta el fonógrafo y lo apagó. Ahora no puedo responderte, Gandalf, se dijo. Debo hacer cosas, cosas reales. No puedo permitirme una conversación misteriosa e irreal con un personaje mitológico que quizá no haya existido. Para mí los viejos valores han desaparecido súbitamente; debo desentrañar qué significan estas malditas perforaciones, letras y números.

Empezaba a entender. Tapó la botella de whisky y enroscó la tapa con fuerza. Viajaría solo en un narizón; en la colonia se reuniría con una docena de personas, reclutadas en diversos sitios. Rango de habilidades 5: una operación clase C, con una paga escala K-4. Tiempo máximo: dos años. Pensión completa y servicios médicos a partir del instante en que llegara. Anulación de todas las órdenes previas, así que podía partir de inmediato. No tenía que terminar su trabajo antes de irse.

Y tengo los tres dólares de plata para el narizón, se dijo. Eso es todo, nada de que preocuparse. Salvo...

No podía descubrir en qué consistiría su trabajo. Las letras, números y perforaciones no lo decían. Mejor dicho, él no podía obligarles a divulgar esa información, la que más le interesaba.

Pero parecía un destino atractivo. Me gusta, se dijo. Lo quiero. Gandalf, pensó, no tengo que retractarme de nada; no es frecuente que respondan las plegarias, y aceptaré esto.

—Gandalf, ya no existes —dijo en voz alta—, salvo en la mente de los hombres, y lo que tengo aquí viene de la Deidad única, Verdadera y Viviente, que es totalmente real. ¿Qué más puedo esperar?

Enfrentó el silencio de la habitación; ahora no veía a Gandalf porque había apagado el aparato.

—Quizá un día —continuó— me retracte de esto. Pero ahora no. Ahora no. ¿Entiendes?

Esperó, experimentando el silencio; sabiendo que podía interrumpirlo con sólo tocar el control del fonógrafo.

2

Seth Morley cortó pulcramente el queso Gruyère con un cuchillo de mango de plástico.

—Me marchó —dijo. Se sirvió una gigantesca tajada de queso y se la acercó a los labios con el cuchillo—. Mañana por la noche. El kibutz Tekel Upharsin me ha visto por última vez.

Sonrió, pero Fred Gossim, el jefe de ingenieros, no festejó ese mensaje de triunfo, sino que frunció el entrecejo. Su presencia reprobatoria llenaba la oficina.

—Mi esposo solicitó este traslado hace ocho años —murmuró Mary Morley—. No teníamos la intención de quedarnos, y lo sabías.

—Y nosotros nos iremos con ellos —tartamudeó Michael Niemand con entusiasmo—. Te lo mereces, por traer aquí a un biólogo marino de primer orden y ponerlo a levantar bloques de piedra en la maldita cantera. Estamos hartos. —Codeó a su menuda esposa, Clair—. ¿No es verdad?

—No hay ninguna masa acuática en este planeta —rezongó Gossim—, así que no podíamos poner a un biólogo marino a trabajar en su profesión.

—Pero hace ocho años publicaste anuncios pidiendo un biólogo marino —señaló Mary Morley. Gossim frunció aún más el ceño—. El error fue tuyo.

—Pero éste es vuestro hogar —dijo Gossim—. El de todos vosotros. —Señaló a los funcionarios del kibutz apiñados alrededor de la entrada de la oficina—. Todos lo construimos.

—Y el queso es pésimo —dijo Seth Morley—. Esos quakkip, esos suborganismos parecidos a cabras que huelen como la ropa interior usada del Destructor de Formas... espero no verlos más. Ni a los quakkip ni al queso. —Cortó otra tajada del costoso Gruyére importado y le dijo a Niemand—: No podéis venir con nosotros. Tenemos órdenes de viajar en narizón. Punto A: un narizón sólo tiene capacidad para dos, en este caso mi esposa y yo. Punto B: tú y tu esposa son dos personas más, ergo, no entraréis. Ergo, no podéis venir.

—Llevaremos nuestro propio narizón —dijo Niemand.

—No tenéis instrucciones ni autorización para el traslado a Delmak-O —dijo Seth Morley, masticando queso.

—No nos queréis —dijo Niemand.

—Nadie os quiere —gruñó Gossim—. En mi opinión, estaríamos mejor sin vosotros. Pero no quiero que los Morley tiren su suerte por la borda.

Mirándolo de soslayo, Seth Morley comentó ácidamente:

—¿Y esta misión equivale, a priori, a tirarlo todo por la borda?

—Es un trabajo experimental —dijo Gossim—. Por lo que puedo entender. En pequeña escala. Trece, catorce personas. Para vosotros sería como retroceder a los primeros días de Tekel Upharsin. ¿Acaso queréis empezar de nuevo? Mirad cuánto hemos tardado en reunir cien miembros eficientes y bien intencionados. Habéis mencionado al Destructor de Formas. ¿Con este acto no conspiráis contra la forma de Tekel Upharsin?

—También contra la mía —dijo Morley, entre dientes. Ahora estaba de mal humor. Las palabras de Gossim lo habían afectado. Gossim siempre había sabido usar las palabras, algo asombroso en un ingeniero. Las seductoras palabras de Gossim los habían mantenido en su puesto a través de los años. Pero esas palabras eran cada vez más insípidas para los Morley. Ya no surtían el mismo efecto, aunque con-

servaban un destello de su gloria pasada. No podía despedirse sin más del corpulento ingeniero de ojos oscuros.

Pero nos vamos, pensó. Como en el *Fausto* de Goethe, «En el principio fue la acción». La acción y no la palabra, como había observado Goethe, anticipándose a los existencialistas del siglo veinte.

—Querréis regresar —comentó Gossim.

—No lo creo —dijo Seth Morley.

—¿Sabes qué te respondo? —exclamó Gossim—. Si recibo una solicitud vuestra, pidiendo regresar al kibutz Tekel Upharsin, diré que no necesitamos un biólogo marino, que ni siquiera tenemos mar. Y no construiremos siquiera un charco para que tengáis una razón legítima para trabajar aquí.

—Nunca te pedí un charco —dijo Morley.

—Pero te gustaría tenerlo.

—Me gustaría tener agua —dijo Morley—. De eso se trata. Por eso nos vamos, y por eso no vamos a regresar.

—¿Estás seguro de que Delmak-O tiene agua? —preguntó Gossim.

—Supongo... —empezó a decir Morley, pero Gossim lo interrumpió.

—Supusiste lo mismo de Tekel Upharsin —gruñó—. Así empezaron tus problemas.

—Supuse que si pedías un biólogo marino... —dijo Morley. Suspiró con fatiga. No tenía caso tratar de convencer a Gossim. El ingeniero, principal autoridad del kibutz, tenía una mente cerrada—. Sólo déjame comer el queso —dijo Morley, y probó otra tajada. Pero se había cansado del sabor, había comido demasiado—. Al diablo —dijo, dejando el cuchillo. Estaba irritable y Gossim le caía mal; no tenía ganas de seguir esa conversación. Lo importante era que Gossim, en definitiva, no podía revocar la orden de traslado. Ésta contenía una anulación de las ordenes previas, y, como decía ese estribillo de William S. Gilbert, no había vuelta de hoja.

—Te odio —dijo Gossim.

—Yo también te odio —dijo Morley.

—Un empate —dijo Niemand—. Como verás, Gossim, no puedes obligarnos a quedarnos aquí: Sólo puedes rezongar.

Gossim se marchó, despidiéndose de Morley y Niemand con un gesto obsceno, y desapareció en alguna parte del complejo. Ahora la oficina estaba en silencio. De inmediato Seth Morley se sintió mejor.

—Las discusiones te agotan —dijo su esposa.

—Sí —convino Morley—. Y Gossim me agota. Este enfrentamiento me ha extenuado, por no hablar de los ocho años que precedieron a este día. Iré a escoger un narizón.

Se levantó y salió de la oficina al sol del mediodía.

Un narizón es una nave extraña, se dijo mientras inspeccionaba las naves desde el linde de la pista. Ante todo, eran increíblemente baratos; podía comprar uno por menos de cuatro dólares de plata. Segundo, podían ir pero no volver; los narizones eran naves de ida exclusivamente. La razón era sencilla: un narizón era demasiado pequeño para llevar combustible para un viaje de regreso. El narizón sólo podía despegar de una nave grande o una superficie planetaria, dirigirse a su destino y agonizar allí en silencio. Pero cumplían su función. Las razas inteligentes, humanas o no, recorrían la galaxia a bordo de esas naves semejantes a vainas.

Adiós, Tekel Upharsin, se dijo Morley, y se cuadró ante las hileras de naranjales que crecían más allá de la pista.

Se preguntó cuál elegiría. Todos lucían similares, herumbrados, derruidos. Como si estuviera en un depósito de coches usados en la Tierra. Elegiré el primero en cuyo nombre haya una palabra que empiece con M, decidió, y se puso a leer los nombres.